UNA OBRA BOTANICA DE GRANDES ALCANCES

POR

ARMANDO DUGAND

Profesor Asociado al Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional. Ex-Director del mismo Instituto (1940-1953).

Los naturalistas de España y de la América Hispana, particularmente los que se dedican al estudio de la vida vegetal, han de acoger con sumo beneplácito la aparición del novísimo "Diccionario de Botánica" de Font Quer (*), fruto del loable esfuerzo de un grupo de especialistas españoles bajo la dirección del eminente botánico barcelonés Dr. Pío Font Quer, quien ya se había distinguido en el campo de la lexicografía científica castellana con varias obras notables, entre las que sobresalen sus traducciones de los famosos tratados de botánica de Strasburger (1943, 1949) y de Wettstein (1944).

Hace tiempo que los que profesan la Botánica y otras ciencias naturales en nuestros países tropiezan con la disparidad o falta de unidad conceptual en el léxico científico español, y sienten la necesidad cada día más apremiante de normalizar la terminología de sus respectivas especialidades. No son muchos relativamente los términos técnicos que figuran en el Diccionario de la Academia Española, y las definiciones son a veces inadecuadas. Más aún: la definición académica de algunas voces usuales referentes a plantas y animales (especialmente de las regiones tropicales) es errónea, cuando no es producto de la fantasía o de una ingenuidad rayana en ridiculez.

No hay científico hispano que no se haya visto en serias dificultades para traducir al castellano, conservándole su sentido exacto, un término o expresión usual en las obras especializadas extran-

(*) Publicado por la Editorial Labor, S. A., Barcelona, 1953; páginas i-xxix, 1-1244.

jeras. Con efecto, para verter lo más fielmente ciertos conceptos técnicos de otros idiomas al nuestro es menester muchas veces, o bien recurrir a circunloquios por falta del vocablo preciso, o bien forjar los términos apropiados. Por eso — como bien lo señala Font Quer en el prólogo de su "Diccionario de Botánica" — los naturalistas de habla castellana han ido introduciendo y adoptando neologismos, muchas veces sin prestar la debida atención a los cánones filológicos, o guiados únicamente por instintos lingüísticos primarios; a consecuencia de lo cual las publicaciones en castellano de botánica y zoología carecen de uniformidad en cuanto se refiere a la grafía y a la prosodia de los vocablos técnicos.

La lengua española se ha quedado a la zaga en materia de lexicografía científica, no tanto por vicio o pereza del idioma mismo como por el pesado retraso que le impone su instrumento académico oficial — el Diccionario de la Lengua — que sigue aún sin incluir un gran número de términos necesarios en las ciencias, las artes, la tecnología y la industria. Parece como si se olvidara que un idioma vivo no es estacionario, sino que se halla en evolución constante; y en realidad no transcurre un año sin que se acreciente su caudal léxico con nuevos medios de expresión que las necesidades contemporáneas van creando en todos los campos de la actividad humana, al seguir el progreso de las ideas y el adelanto prodigioso de las ciencias. Desconocer este dinamismo del idioma es como tratar de atajar su progreso.

La Academia de la Lengua cumpliría mejor su misión si procurara mantenerse al día, registrando con oportunidad los tecnicismos y los neologismos cuando no sean manifiestamente innecesarios, y si remozara las definiciones de muchas voces antiguas ajustándolas a la época y exigencias modernas, o dándole la exactitud o claridad de que tántas carecen. También en esto último parece olvidar la Academia que, así como evoluciona el idioma, evoluciona la técnica de la definición, es decir, la lexicografía.

Naturalmente que no se trata de defender los neologismos superfluos, o los de viciosa formación, aunque estén consagrados por el uso popular, ni mucho menos los extranjerismos detestables, reñidos con el genio y estructura de nuestra lengua, que tanto cunden hoy y cuya invasión avanza de manera alarmante por ignorancia de muchos, y por negligencia, afectación o mal gusto de los más.

El eximio filólogo colombiano don Rufino José Cuervo, uno de los más ilustres que ha dado el mundo hispano, decía en el siglo pasado: "...En cuanto a los nuevos términos técnicos de artes y ciencias, de origen griego y latino, no sólo creemos justo adoptarlos, sino conveniente que la Academia se apresure a presentarlos en la forma legítima que deben tener cuando parezcan necesarios o inevitables, antes que, como con muchos está sucediendo, empiecen a circular y a imponerse en una forma afrancesada que después es difícil desarraigar. Las academias, a nuestro juicio, no llenan su objetivo si se contentan con ser cuerpos pasivos; ellas deben influir también, científicamente, en la dirección del uso y en el movimiento de la lengua".

El "Diccionario de Botánica" de Font Quer ofrece la plausible singularidad de dar, en su parte introductoria, una serie de reglas utilísimas para la castellanización de los términos griegos y latinos, señalando las normas etimológicas y gramaticales que deben tenerse en cuenta para la formación y prosodia de las voces técnicas en nuestro idioma. Font Quer aboga por que se adopten palabras directamente derivadas del griego y latín, por razones lógicas de precisión conceptual y de universalidad, en vez de atenerse (como ha sido el estilo de los botánicos romancistas hispanos desde Miguel Barnades en 1767) a voces arbitrariamente tomadas del léxico vulgar, que por sus sinonimias y acepciones varias en los distintos países, se prestan fácilmente a equivocaciones. En esto Font Quer y sus colaboradores siguen los excelentes principios establecidos a fines del siglo XVIII por Antonio Palau y Verdera, primer innovador de la terminología botánica castellana.

También presenta el "Diccionario", al final, un copioso apéndice titulado "Vocabulario Ideológico", en que se reagrupan los términos más importantes de ciertos grupos especiales (por ejemplo, los que se refieren a la biología vegetal, la anatomía, morfología, fisiología y ecología de las plantas, la taxonomía, la genética, los prefijos y sufijos griegos y latinos, los herbarios del mundo, y las voces de carácter general fitológico), ordenados alfabéticamente por conceptos y afinidades. Esta parte constituye un utilísimo auxiliar mnemotécnico, tal como no se encuentra en ningún otro diccionario análogo, aún en otros idiomas.

Figuran en esta obra más de dieciocho mil voces acompañadas de su etimología, y cítanse a menudo el origen lexicológico, el res-

pectivo autor de los tecnicismos, y las equivalencias en otras lenguas europeas cuando esto contribuye a esclarecer el concepto. Se dan los significados varios que tienen o han tenido los vocablos en la literatura botánica según distintos autores, y cuando el modo de escribirlos discrepa de un autor a otro, o cuando la grafía usual es incorrecta (aunque esté admitida por la Academia Española), se señala la forma preferible etimológicamente, teniendo en cuenta ante todo la precisión del significado. Dánse además los principales sinónimos y antónimos, y hay numerosas referencias a otros términos que, sin ser homólogos, tienen alguna relación.

La extraordinaria utilidad de este "Diccionario" se complementa felizmente con cerca de un millar de grabados, originales en gran parte del artista E. Sierra Ráfols, y de Font Quer mismo.

Por lo que hace a la presentación, nada deja que desear, tanto por la calidad de los materiales empleados, y la nitidez tipográfica, como por lo manuable del formato; todo lo cual constituye un esfuerzo muy meritorio de los editores, ya especializados en obras científicas, y un ejemplo diciente del adelanto de las artes gráficas en España.

Puede afirmarse con énfasis que el "Diccionario de Botánica" de Font Quer es un monumento notable de la lengua española, de gran valor literario y crítico a la vez que científico, que ejercerá profunda influencia entre los escritores de nuestro idioma, y será fuente indispensable de consulta no sólo para los botánicos de los países hispanos, sino también para los extranjeros estudiosos de nuestra flora, que necesitan para su información las publicaciones técnicas, cada vez más numerosas e importantes, escritas en castellano.

Su autor principal, los colaboradores que intervinieron, y los editores se han hecho acreedores al reconocimiento y estima de los botánicos de España y de América, y de todos cuantos en nuestros países aman o cultivan las ciencias naturales.